

Reynaldo Arosemena Montilla (1934-2023)

Tercer hijo del enlace de Débora Montilla, administradora de salas de cines, y del maestro Julio Arosemena. Su esposa fue Alicia Sarkissian y sus hijos Reynaldo, Mónica y Alejandro, este último cirujano plástico y el primero, dermatólogo.

Estudió y se graduó de bachiller en el Instituto Nacional en 1953, y se recibió de médico en 1961. Hizo el primer año de internado en el Hospital Santo Tomás, y luego trabajaría por 52 años, antes de retirarse. Al terminar se fue dos años a Pesé, Panamá, donde fungió como médico, director del centro de salud y bombero voluntario.

Fue profesor *ad honorem* en la Facultad de Medicina de la Universidad de Panamá hasta el año 1992, donde fue nombrado jefe de la Cátedra de Dermatología, ahí estuvo por 10 años más. Formó médicos en la Facultad de Medicina durante 45 años de su vida.

Se graduó con honores en la Universidad de Buenos Aires, Argentina, en 1961, fue uno de los primeros dermatólogos en la República de Panamá. Realizó su residencia en Dermatología en el Hospital Rawson y en el Hospital Privado de Piel de Buenos Aires con los grandes maestros de la dermatología argentina: Luis A. Pierini, David Grinspan, Jorge Abulafia y Julio Martín Borda.

Entre sus antecedentes curriculares mencionamos los siguientes: ejerció en el Hospital Santo Tomás de 1966 a 2017 y fue jefe del Servicio de Dermatología de 1982 a 2017. Profesor de dermatología desde 1966 y jefe de la Cátedra de la Universidad de Panamá de 1980 a 2010. Ex-presidente y miembro activo de la Sociedad Panameña de Dermatología. Miembro de la American Academy of Dermatology, de la Sociedad Centroamericana y del Caribe de Dermatología, así como del Colegio Iberolatinoamericano de Dermatología.

Su reconocida experiencia lo llevó a recibir el título de Maestro de la Dermatología Iberolatinoamericana (2005). En 1993 fundó la Clínica Dermatológica Arosemena junto con su hijo dermatólogo, que actualmente cuenta con cuatro sucursales en toda la República de Panamá.



Sabía cocinar y amaba el tenis, y durante su vida demostró siempre autoridad, respaldado por un genuino conocimiento e interés de compartirlo de manera coloquial con todos sus compañeros de trabajo, estudiantes, e incluso su familia, siempre escuchando atentamente sus respuestas y enseñando y bromeando cuando no sabían las respuestas: ¡Abrochao!, decía. Repetir y repetir es aprender.

Reynaldo, su hijo dermatólogo, lo despidió con las siguientes palabras: “Querido padre, hoy nos encontramos aquí para despedirte físicamente, pero sé que tu presencia seguirá viviendo en nuestros corazones a través de los recuerdos y el legado que nos dejaste. Fuiste más que un padre amoroso, un gran profesor de dermatología que inspiró a muchos con tus conocimientos y sabiduría. Tu legado perdurará en el recuerdo de cada paciente que ayudaste, en cada estudiante que educaste y en cada partido de tenis que jugaste. Hasta luego Hito, descansa en paz, querido padre”.

ROBERTO ARENAS
Editor DCMQ